

llado en ella, y doscientos sestercios; y tambien ordenaron, que en Capua y en las otras Villas privilegiadas, segun la posibilidad de cada una, se alojasen las compañías de los gladiadores, y que por toda Roma hubiese rondas, y se encargasen á los Magistrados menores.

La confu-
sion que
habia en
Roma.

Estas cosas alteraron y mudaron la forma de la Ciudad, cuyos grandes regocijos y deleytes, nacidos de la larga paz, se convirtieron de repente en tristezas, andando todos temerosos y turbados sin asegurarse de persona ni lugar alguno, y sin saber resolverse á la guerra ó la paz, representandose cada qual el peligro á la medida de su temor; y demás de esto, las mugeres que se confiaban en la grandeza de la República, asombradas con un nuevo miedo, se afligian levantando las manos al Cielo, y compadeciendose de sus hijuelos preguntaban mil cosas, espantandose de todas; y dexando sus galas y regalos desconfiaban de sí mismas y de la República.

Obstina-
cion de Ca-
tilina.

Pero el ánimo cruel de Catilina no se apartaba de su intento, aunque veía preparar

rar los remedios, y habia sido conforme á la ley (x) Plautia interrogado por Lucio Paulo. Finalmente por mayor disimulacion y por forma de descargo, como si le hubieran hecho injuria, vino al Senado; entonces el Consul Marco Tulio movido de la ira, ó del temor que le causaba su presencia, hizo una muy elegante plática, y no menos util á la República, y despues la dió por escrito; Catilina, como tenia ya resuelto de disimular todas las cosas, baxando los ojos empezó con voz humilde á suplicar á los Padres, *que no creyesen nada de él sin gran fundamento, que era de un linaje, y desde niño se habia criado de manera, que no se podia esperar de él sino bien; y que no imaginasen que uno de los nobles mas antiguos, que demás de los muchos servicios de sus mayores habia hecho otros al Pueblo Romano, hubiese de desear la destruccion de la República, quando la conservaba Marco Tulio, Ciudadano nuevo de Roma, y como iba añadiendo á esta otras injurias, comenzaron todos á dar voces, llamandole enemigo, y parricida. Entonces in-*

Acusa Mar-
co Tulio á
Catilina,
que se co-
menzó á
disculpar.

Afrentan-
do á Cice-
ron.

di-

(x). En que se ordenaba al que era acusado de alguna conjuracion que respondiese á todo lo que se le preguntase en el Capitolio.

Sale con
gran ira del
Senado.

dignandose dixo , *ya que me veo rodeado de tantos contrarios que procuran mi perdicion, apagaré mi fuego con las ruinas* ; y luego saliendo de la Curia se retiró á su casa , donde despues de haber considerado muchas cosas , y que ninguna de sus trazas le aprovechaba contra el Consul , y que las rondas de la Ciudad impedian el fuego ; pareciendole que lo que mas le convenia era acrecentar el exercito , y antes que se hubiesen levantado las legiones , proveer muchas cosas necesarias á la guerra , á media noche acompañado de pocos se fue al campo de Manlio , encomendando á Cethego y Lentulo , y á los demás que tenia por mas prontos y arriscados , que con todos los medios posibles esforzasen su vando , solicitasen la muerte del Consul , con otros homicidios , incendios , y males de la guerra ; y que él con un grande exercito volveria presto á la Ciudad.

Y aquella
noche parti-
ó de Ro-
ma.

Enviase á
disculpar
Cayo Man-
lio.

Mientras se hacian estas cosas en Roma , envió Cayo Manlio algunos de sus compañeros á Quinto Marcio Rey , con orden de que le dixesen lo siguiente : *A los Dioses y hombres tomamos por testigos , ó Emperador , de que*

que no nos armamos contra la patria , ni con ánimo de ofender , sino de evitar afrentas , ya que por la violencia y crueldad de los usureros habemos perdido los mas nuestra patria , y todos la honra y hacienda ; sin que conforme á la costumbre de nuestros mayores se haya permitido á alguno valerse de la ley , y quedar con la persona libre quando se le quitaba el patrimonio ; que tan grande ha sido el rigor de los usureros , y del Pretor. Pero nuestros antepasados , que tenian compasion del Pueblo Romano , remediaron muchas veces con sus Decretos su necesidad ; y ultimamente en nuestro tiempo , queriendolo asi todos los buenos , por ser tan grandes las deudas , se pagaron del comun ; y aunque en diversas ocasiones , por deseo de mandar , ó por la soberbia de los Magistrados tomó las armas la plebe , separandose del Senado , nosotros no pretendemos Imperio ni riquezas , que son las causas de todas las guerras que hay entre los mortales ; sino la libertad , que no pierde ningun hombre de bien sin perder con ella la vida ; y asi os suplicamos , y al Senado juntamente , que socorrais á los miserables Ciudadanos restituyendoles el privilegio que les ha quitado

tado la injusticia del Pretor; y que no nos obligueis á buscar algun remedio para vender mas caro nuestras vidas.

Respuesta de Quinto Marcio.

Respondió á esto Quinto Marcio, que si querian pedir algo á los Padres dexasen las armas, y fuesen á humillarse al Senado y Pueblo Romano, que habia usado siempre de tanta misericordia y clemencia, que jamás imploró alguno su favor en vano.

Escribe Catilina á muchos disculpandose de lo que le imputaban.

Pero Catilina escribió desde el camino á muchos Consulares, y á todas las personas de mayor autoridad, que habia sido acusado falsamente, y no pudiendo resistir á la malicia de sus enemigos, cedia á la fortuna, y se iba desterrado á Marsella, no por hallarse culpable de un crimen tan grave, sino porque gozase de quietud la República, y de sus contiendas no naciese alguna sedicion.

Pero declaróse mas á Quinto Catúlo.

Muy diferente era la carta que Quinto Catúlo leyó en el Senado, que segun decia, le habian dado de parte de Catilina, cuyo traslado es este:

Lucio Catilina á Quinto Catúlo salud.

Tu gran fidelidad, de que por la experiencia que de ella tengo, estoy tan satisfecho,

me

me dió ánimo para que en mis mayores peligros me confiase de tí; y asi no quise dar ningunos descargos en esta mi nueva resolucion, pues que te juro, que tengo libre de culpa la conciencia, como podrás conocer claramente. Estimulado de injurias y afrentas, ya que me privaban del fruto de mi industria y trabajo, negandome las honras debidas á mi nobleza, tome á mi cargo, como suelo, la causa comun de los miserables; no porque no fuesen bastantes mis posesiones, para pagar mis deudas propias, pues Aurelia Orestila es tan liberal, que de su hacienda y de la de su hija satisface las que hice por otros; sino porque vea dar los officios á personas indignas, y que sus falsas sospechas me hicieron odioso. Esto me movió á abrazar unas esperanzas harto honrosas segun el estado en que me hallo, para conservar lo que aun me queda de mi dignidad. Mas os queria escribir, quando me avisaron que se armaban contra mí; y asi te encomiendo á Orestila fiandola de tu amistad, y por tus hijos te ruego, que no consientas que la hagan algun agravio. Dios te guarde.

Pero él habiendose detenido algunos dias Llega al campo de Manlio.

EE



Declaró el Senado por enemigo á Catilina.

Encargó la guerra á Antonio, y á Ciceron la Ciudad.

Discurso del autor.

en el territorio de Arezzo con Cayo Flaminio, para armar la gente de aquella comarca, que antes habia solicitado, se fue á Cayo Manlio llevando delante los (y) Fasces, y las otras insignias del Imperio. Teniendose aviso de esto en Roma, *declaró el Senado por enemigos á Catilina y Manlio, señalando á los demás un plazo, en que pudiesen sin castigo dexar las armas los que aun no estaban condenados por delitos capitales; y ordenó asimismo, que levantasen gente los Consules, y Antonio con el exercito fuese luego en seguimiento de Catilina, y quedase Ciceron guardando la Ciudad.*

En ningun tiempo me pareció mas miserable que entonces el Imperio del Pueblo Romano, pues obedeciendole desde Levante á Poniente todas las tierras que con sus armas habia sujetado, y gozando en su patria del sosiego y de las riquezas, que son las cosas mas estimadas de los hombres, hubo todavia ciudadanos que por su obstinacion se quisieron destruir á sí y á la República; porque con haber publicado dos Decretos el Senado, no

(y) Llevaban estos los Lictores, y eran unos manojos de varas con una hacha, y á veces sin ella.

pudo en un tan gran número mover el premio á uno solo, para que descubriese la conjuracion, ó desamparase el campo de Catilina; que tanta era la fuerza del mal, y habia inficionado de suerte esta contagion los animos de la mayor parte de los ciudadanos, que no solamente tenian dañada lo voluntad los conjurados, pero toda la plebe inclinada á novedades aprobaba la empresa de Catilina; mostrando bien en esto, que no habia perdido sus costumbres; porque siempre en qualquiera Ciudad tienen los pobres envidia á los buenos, y alaban á los malos; aborrecen las cosas antiguas apeteciendo otras nuevas; y enfadados de las suyas procuran mudarlas todas, y sin ningun cuidado viven de las revueltas y sediciones; y aunque se puede pasar facilmente la pobreza sin ofender á nadie, se habia echado á perder la plebe por muchas causas; de que era la primera el haberse juntado en Roma, como en un receptáculo de maldades, los que en otras partes habian hecho las mayores insolencias é infamias, y los que vituperosamente habian consumido sus haciendas; y finalmente todos los que por sus

vicios y torpezas andaban desterrados de sus patrias ; y tambien muchos acordandose de la victoria de Sylla , y viendo que ahora eran Senadores los que habian sido soldados ordinarios , y que algunos con sus grandes riquezas se trataban como Reyes , cada qual se prometia estas cosas , si saliese vencedor en la guerra ; y demás de esto la gente moza que labrando la tierra habia sustentado con el salario la pobreza , antepuso el ócio de la Ciudad al trabajo ingrato ; estos y todos los otros se alimentaban con los males de la República ; y tanto menos nos debemos maravillar , de que hombres necesitados y viciosos , induciendolos una grande esperanza , no tuviesen mas cuidado de sí propios , que de la República ; y los hijos de los que fueron desterrados por la victoria de Sylla , á los quales habian quitado sus haciendas , y quebrantado los fueros de su libertad , no aguardaban con diferente ánimo el suceso de la guerra ; y asimismo los que no eran del vando de los Senadores , querian mas ver perturbada la República , que perder un punto de su autoridad ; que este mal habia vuelto , después de muchos años á Roma ;

por-

porque habiendose en el Consulado de Pompeyo y Craso restituido otra vez su poder á los Tribunos , los mancebos que tenian en aquella edad mayores brios , y se veían tan autorizados , comenzaron con hablar mal del Senado á irritar la plebe , y obligandola mas con dádivas y promesas , vinieron á alcanzar mayores fuerzas y nombre. Oponiáseles con brava resolucion casi toda la nobleza del Senado , como si hicieran esto por amor de la República , siendo para conservar su grandeza ; porque para decir brevemente la verdad , los que en aquellos tiempos atormentaron la República , se valieron de pretextos honrosos ; algunos como si defendieran los privilegios del pueblo ; otros , como si procuráran , que nadie se igualase á la dignidad del Senado ; y así só color del bien público , pretendia cada qual engrandecerse , sin guardar alguna modestia ó modo en sus competencias. Pero después que á Cneo Pompeyo le hicieron General de la mar , encargándole la guerra contra Mitridates , perdió sus fuerzas la plebe , y crecieron las de algunos , que ocuparon los Magistrados y gobiernos , y todas las demás

co-

cosas; gozando con seguridad de su fortuna, y atemorizando con sus sentencias á todos, para gobernar mas facilmente al comun, mientras les durase el cargo. Mas al punto que estos tumultos les dieron esperanza de poder alterar el estado de las cosas, luego volvieron á sus competencias antiguas; y si Catilina venciera la primera batalla, ó no se declarára en ella la victoria, sin duda padeciera la República grandes miserias y calamidades, y no pudieran los vencedores gozar mucho tiempo de esta buena suerte; porque despues de cansados ó muertos los demás, el que quedára con mayores fuerzas, se hubiera apoderado del Imperio y de la libertad; todavia hubo muchos al principio, que sin haberse hallado en la conjuracion se fueron á Catilina; y entre ellos fue Fulvio, hijo de un Senador; á quien mandó matar su padre habiendole alcanzado en el camino.

Caso notable.

No se descuidaba Lentulo en ausencia de Catilina.

Entretanto en Roma Lentulo, segun le encargó Catilina, solicitaba ó hacía solicitar por otros á los que por sus costumbres, ó el estado que tenian, juzgaba prontos á cosas nuevas; y no solamente á los ciudadanos, sino

á

á qualquier genero de hombres, como pudiesen ser de servicio en la guerra; y así encomendó á un cierto Publio Umbreno, que habíase á los embaxadores de los (z) Alobroges, procurando inducirlos á ella; pareciendole que por estar así en general como en particular muy endeudados, y por ser los Galos naturalmente belicosos, podría facilmente persuadirlos. Umbreno por haber negociado en la Galia era conocido, y conocia casi á todos los Príncipes de las Ciudades, y así en hallando á los embaxadores en la plaza, despues de haberles preguntado algunas cosas de su Ciudad, como si se compadeciera de su miseria, añadió: *¿ qué fin aguardaban de tantos males? y como vió que se quejaban de la avaricia de los Magistrados, y de que no hallando ningun socorro en el Senado, aguardaban en la muerte el remedio de sus desgracias; les dixo: Yo os mostraré si quereis ser hombres, el camino para libraros de tan grandes daños;* y cobrando con estas palabras notable esperanza los Alobroges, empezaron á rogarle, que

Encarga á Umbreno que hable á los embaxadores de los Alobroges.

Acomete Umbreno á los Galos.

Las pláticas que tuvo con ellos.

(z) Que segun algunos eran los de Saboya, y conforme á la opinion de los otros, los del Delfinado.